



Capítulo 1

Antonio no se sentía para nada cómodo.

Habían deslizado un pequeño papel debajo de la puerta de su habitación de hotel con los tres números escritos con letra temblorosa: 876.

Nada más. Solo 876.

El contacto de Antonio no había dado señales de vida y todo el día que había pasado en este pequeño hotel de la ciudadela le había parecido largo.

Afuera, el ventarrón soplaba violentamente, derribaba las macetas y volaba todo lo que no estaba bien sujeto.

Desde su balcón, podía ver los barcos del viejo puerto retorciéndose al final de sus amarres.

Cuando la tormenta azotaba Bolozzia, a menudo se bañaba en una atmósfera lechosa.

Densas nubes, instaladas en los relieves del cabo, se cernían sobre la ciudad y difundían los rayos del sol. Y luego, de repente, sin entender realmente por qué, el viento soplaba con más fuerza y ~~□□perseguía~~ las nubes.

El cielo se estaba volviendo de un azul profundo, casi púrpura, y el libeccio se precipitó por los barrancos, siguiendo las líneas más empinadas y acelerando por las calles de la ciudad.

En el puerto viejo, a nadie se le hubiera ocurrido sacar su barco o velero.

Juan no respondió y Antonio le dejaba mensajes regularmente para informarle de su llegada a la ciudad. Se había pasado el día desmontando, engrasando y volviendo a montar su Beretta, fumando cigarrillos en el balcón y leyendo una novela de terror.

Había aceptado este contrato bien pagado, pero se sentía incómodo ejerciendo su profesión en la ciudad donde había crecido. Quién sabe, alguien podría reconocerlo.

Las campanas de Santa Bárbara sonaban a gran velocidad. El sol iba bajando lentamente e iluminaba los austeros edificios con una luz amarilla.

Antonio estaba ansioso. El silencio de Juan, el mensaje codificado y el viento silbando en mis oídos, todo eso no estaba bien. Se necesita una mente en paz para hacerlo bien.

Y luego tuvo hambre, pero eso se pudo solucionar rápidamente. Guardó cuidadosamente su pistola en el doble fondo de su maleta, se vistió rápidamente y salió del dormitorio.

No había nadie en la recepción cuando salió del hotel. Caminó por las silenciosas calles de la ciudadela y bordeó las murallas.

En lugar de bajar hacia el puerto, dobló a la izquierda y se incorporó al bulevar desierto Pallezo en este día de la Ascensión.

Los contenedores volcados ocupaban las aceras. Se cerró una contraventana. Antonio avanzó hasta el parque abierto, donde algunos patinadores aprovecharon el viento y la nueva superficie para deslizarse sin esfuerzo.

Las mesas y sillas del restaurante estaban ordenadamente apiladas en las terrazas. El mar estaba en calma y las ovejas se formaban a lo lejos.

Antonio pasó por delante del Banco custodiado por algunos empleados de guardia, pasó por la iglesia de Jalax y recorrió las estrechas calles hasta el Puerto Viejo.

Encontró una pizzería abierta y pidió un fugatelli-broccite. Pidió un directorio, consultó las páginas de la city, ínea por línea, telefoneó a dos números que terminan en 876, entablando conversaciones breves y agradables.

Llamó a los pocos hoteles grandes de la zona y pidió la habitación 876, pero se rieron de él.

Decididamente, no veía cómo explotar esta información.

Estaba casi oscuro cuando salió de la pizzería. El viento se había calmado. Antonio pasó por alto el Puerto Viejo para llegar al final del muelle sur y subió los escalones de la monumental escalera que lo conducía a la ciudadela junto al jardín Roma.

El lugar era hermoso, pero lúgubre a esta hora del día. Antonio creyó ver una sombra en el jardín cercano, pero no redujo la velocidad y llegó rápidamente al bulevar que conducía a la ciudadela.

Las calles estaban mal iluminadas y al llegar al hotel con su porche en un hueco, Antonio encontró la puerta principal cerrada.

Primero dio unos golpes bruscos, luego un poco más fuerte, y cuando nadie respondió, comenzó a tamborilear lo suficientemente fuerte como para abrirlo.

Pareció pasar mucho tiempo antes de que se encendiera una luz y luego otra y Antonio escuchó gruñidos en el pasillo. Una anciana vestida de negro le abrió la puerta:

- ¿No viste la nota?

- La palabra...

- Sí, la palabra, claro. En lugar de llamar a la puerta como una persona sorda, será mejor que escriba el código...

-Dónde crees que estás? En otro continente?